



**TIEMPO DE GUERRA. ESTADO,  
NACIÓN Y CONFLICTO ARMADO EN  
EL PERÚ, SIGLOS XVII-XIX.**

*Mc Evoy, Carmen y  
Alejandro Rabinovich (editores).*

Lima: IEP

2018 / 578 pp.

Carmen Mc Evoy y Alejandro Rabinovich coordinan la edición de este interesante volumen del Instituto de Estudios Peruanos, en el que, a través de dieciséis artículos, se nos permite la oportunidad de acompañar el papel que jugaron los conflictos bélicos en la conformación del Estado-nación peruano en el siglo XIX.

Charles Tilly logró establecer, a lo largo de su monumental obra académica, el rol fundamental que tuvo la guerra en la formación de los estados nacionales en la Europa Occidental, la guerra forja Estados y viceversa, dice su máxima. En América Latina, los Estados nacieron junto con las guerras, tanto las de la Independencia cuanto las de establecimientos de los límites fronterizos, por lo que en las últimas décadas no ha sido infrecuente percibir la estela de Tilly en los estudios sobre el particular. El impacto que la guerra tuvo en el naciente Perú no es tema nuevo en nuestra historiografía, de hecho, fue tópico que estuvo ya en la preocupación de Jorge Basadre. Pero con esta entrega tenemos el primer estudio colectivo que combina la mirada general y el análisis profundo acerca del tema, lo cual es desde ya un punto a ser saludado.

En el Perú del XIX vemos a la guerra casi por todas partes, no solo las batallas para conseguir la emancipación de la metrópoli o el establecimiento de fronteras con los vecinos, sino en especial las

constantemente conflictos entre facciones, entre caudillos, entre el poder nacional y los regionales, entre los poderes regionales entre sí. No es que en el siglo XIX peruano haya habido un “tiempo de guerra”, como una lectura rápida del título podría hacer pensar, sino que en el siglo XIX la política y la guerra estuvieron tan estrechamente unidas que el siglo XIX mismo es un tiempo de guerra, desde la Independencia hasta la guerra civil entre Piérola y Cáceres. Fue pues una centuria violenta, en la que, no en vano, varios presidentes de la República terminaron su existencia muertos en batalla o asesinados, incluido Manuel Pardo, símbolo del orden republicano.

La aproximación que comentamos es una moderna mirada dentro de nuestro campo académico, que utiliza marcos teóricos y conceptos que se han trabajado para otras realidades, los que aplica fructíferamente a su caso de estudio. Sigue la impronta de Tilly, a quien se lo recuerda desde el epígrafe de la introducción. Podríamos decir que, en su conjunto, los trabajos se inscriben dentro de los que se conoce como historia social de la guerra, que plantea analizar el fenómeno en todos los aspectos posibles, el político, el cultural, el económico, y no solo el militar. Ello resulta particularmente importante para la época que se estudia en la que no existía un ejército propiamente dicho. En mucho son los habitantes quienes entran en guerra, una ciudadanía armada; pobladores que se arman para defender sus legítimos intereses, sus fueros, sus localidades y, en no pocas ocasiones, la república misma.

En variados períodos cronológicos, y por medio de diversas voces, la guerra va presentándose a medida que el volumen transcurre. Por razones de extensión de la presente reseña, no podré referirme a todos los artículos conformantes del volumen, pero intentaré que los mencionados den una idea cabal del contenido. La Independencia resulta privilegiada en el tratamiento. Como ejemplo, me gustaría mencionar a Ascensión Martínez Ríaza, pues gracias a su trabajo vemos la guerra desde la perspectiva de los militares realistas que luchaban contra los intentos de independencia hispanoamericana; mientras que la investigación de Cristina Mazzeo nos aproxima al complicado financiamiento de las campañas libertadoras. Por su parte, Silvia Escanilla Huerta pone a disposición abundante evidencia de cómo los

pueblos del Perú, antes de la llegada de San Martín, apoyaron la causa de la emancipación.

Ya entrado el siglo XIX, la guerra no desaparece, y es abordada con interés en el libro. La Confederación Perú-boliviana, la guerra a ella asociada, la formación del ejército, lo imbricado de lo comercial y militar, son temas estudiados a profundidad por Cristóbal Aljovín y Juan Carlos Lupu. Víctor Peralta se encarga de analizar las revoluciones acaudilladas por Manuel Ignacio de Vivanco, el militar que mayor cantidad de levantamientos dirigió, y plantea una relectura con un proyecto no necesariamente antiliberal y hasta con pretensiones de reconciliación nacional. Particularmente revelador es el trabajo que Gabriella Chiaramonti dedica a la guerra civil de 1854 liderada por Ramón Castilla, prestando atención al lenguaje político que se usa en las “actas revolucionarias” y también al papel estratégico de las localidades y pueblos en dotar de recursos a Castilla para armar la revolución.

La guerra se vuelve internacional, primero en la guerra contra España y luego en el fatídico enfrentamiento bélico contra Chile. Mérito de la interpretación que plantea Gabriel Cid, es que la retórica nacionalista que trajo como consecuencia el intento de España por recuperar sus excolonias, terminó convirtiéndose en una especie de carrera armamentística que generó las condiciones para la guerra posterior. Chile que, a mediados de la década de 1860 vino con la bandera del americanismo a supuestamente defender al Perú, resulta que también, años después, construyó una trama diplomática para hacer pasar como “secreto” el tratado entre Perú y Bolivia, que bien conocía, lo que se demuestra con sólida base documental en el capítulo de Hubert Wieland. Un aporte valioso en muchos sentidos es el que ofrece Hugo Pereyra, quien retrata la resistencia en la sierra central contra la ocupación del país invasor, y logra precisar a un nivel de detalle, por momentos sorprendente, las muchas acciones que montaron los guerrilleros, el acceso a los recursos y la compleja logística necesaria para armar campañas de este tipo. El artículo de David Velásquez estudia la posesión y circulación de las armas, y el rol que fue jugando la política y el Estado. Su mirada es de largo plazo, por lo que podría funcionar bien como un epílogo del volumen.

Tanta guerra, claro está, generó una población muy armada, forjó localidades muy armadas también, lo que dificultó el establecimiento de un poder central. Este volumen permite insistir en la constatación de que el excesivo centralismo limeño, que tanto daño ha hecho al Perú en el siglo XX, no es un fenómeno decimonónico. Precisamente una de las cuestiones a las que va a tener que dedicarse con ahínco el Estado, cuando Piérola asume su dirección, luego de vencer a Cáceres en la guerra civil de 1895, es la de desarmar a civiles y también controlar el uso de las armas, ¿el monopolio legítimo de la violencia?

Un Estado signado por la guerra, de algún modo lo sugiere la tesis del libro, se debilita. Es verdad, pero también, ya lo recordaba Basadre, la guerra democratiza, tema que tal vez se pudo explotar un poco más en la reflexión general. Asimismo, ya Halperin señalaba cómo la presencia de la guerra traía como consecuencia en el Perú una fuerte descentralización, intuición que se retoma en este volumen, para dejar planteada la reveladora pregunta de si no debemos pensar en herramientas teóricas que nos permitan entender otro tipo de construcción estatal, allende a la ascendente, de arriba-abajo, por lo que tal vez sea necesario mirar más a las élites regionales con esta perspectiva. ¿Cómo entender un proyecto republicano así de guerrero y tan poco central?

Finalmente, y dado que en el mismo subtítulo del libro aparece el término “conflicto armado”, es un deseo académico que los editores se animen a un segundo tomo, dedicado ahora al siglo XX, en el que esta visión de largo plazo nos dé más perspectivas para entender el período de violencia política que vivimos entre 1980 y 2000. Este volumen deja claro que la población, en la costa y en la sierra, durante el siglo XIX, no estuvo exenta al manejo de las armas, tal vez en algunos casos hasta se acostumbró a su uso para resistir al Estado o para el logro de beneficios; ciudadanos que vivieron una política verdaderamente violenta. ¿Cuánto de ello quedó como huella que marca en las décadas inmediatas y en las posteriores?

**Joseph Dager Alva**

Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ejerce la docencia en la Pontificia Universidad Católica del Perú y en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, donde es profesor titular de la cátedra Historia del Pensamiento Político Peruano y se ha desempeñado como Director de la Escuela de Posgrado. Ha sido Jefe Institucional del Archivo General de la Nación y Director de Grados y Títulos de la SUNEDU.